



Alfonso Rodríguez Castelao

# El retrato



LLAC

Biblioteca de Cuentos Clásicos Accesibles



# El retrato

Alfonso Rodríguez Castelao, «O retrato», 1927.

Traducción y adaptación colaborativa:

Laboratorio de Lenguaje Accesible (LLAC), 2025.

Ana Belén Luis, Lucía Casado, Álex Rodríguez y Cristina Sola.

Ilustración de cubierta: Rafael Sanzio, *Madonna Sixtina*  
(detalle), 1513-1514.

Foto pág. 10: (autor desconocido). Un fotógrafo hace una foto usando polvo de magnesio.

Foto pág. 15: Imagen basada en la foto de Héctor Montaña,  
Detalle del retablo barroco de Nuestra Señora de Luz. Museo  
Nacional del Virreinato, México.

Esta obra es para todo el mundo,  
no se puede comerciar con ella.





Castelao en 1946.

Alfonso Rodríguez Castelao (1886-1950) fue un escritor, dibujante, médico y político nacionalista gallego.

Parece que a Castelao no le gustaba la medicina:  
«Me hice médico por amor a mi padre;  
no ejerzo la profesión por amor a la humanidad».

En este cuento Castelao se ve a sí mismo  
como un médico sin vocación  
y los demás lo ven como dibujante.

# El retrato

Para calmar mi conciencia  
guardé en un cajón mi título de médico  
y busqué otra forma de ganarme la vida.

La gente ya se había olvidado de que tenía  
aquel terrible título oficial,  
pero una noche alguien vino buscando mis servicios.

Era domingo.  
Melchor, el tabernero,  
me esperaba en la puerta de mi casa.

Me dio las buenas noches y se echó a llorar,  
y entre sollozos me contó  
que tenía un hijo a punto de morir.

El pobre padre tiraba de mí  
y yo me dejaba llevar,  
impresionado por su dolor.  
Además, yo era médico y no podía negarme.  
Tenía tantas ganas de complacerlo,  
que sentí nacer en mí una gran ciencia médica...

Cuando llegamos a la casa de Melchor,  
conseguí desprenderme de sus manos  
y disimulando mi pena le confesé  
que, en realidad, sabía poco de medicina.

—Hace muchos años que no visito enfermos.

Y entonces Melchor, haciendo un esfuerzo,  
me dijo en voz baja:

—Mi hijo ya no necesita médicos,  
yo ya sé que el pobre no pasará de esta noche...  
¡Y se me va, señor, se me va  
y no tengo ningún retrato suyo!

¡Ay!, no me habían llamado como médico,  
sino como dibujante...  
En ese momento sentí unas ganas amargas  
de echarme a reír.

Y para librarme de aquella tarea tan fúnebre  
le dije que una fotografía era mejor que un dibujo.

Le aseguré a Melchor que por la noche también se podían hacer fotografías y después de mucho razonar con él logré que se fuera en busca de un fotógrafo.



En aquellos tiempos, los fotógrafos iluminaban las escenas nocturnas o con poca luz usando polvo de magnesio, pero era muy caro.

Después de solucionar el asunto  
me fui a dormir con mil ideas  
enredadas en la cabeza.

Cuando estaba cogiendo el sueño  
llamaron a mi puerta.  
Era Melchor.

—¡Los fotógrafos dicen que no tienen magnesio!

Temblaba de angustia, con la cara muy pálida  
y los ojos rojos e hinchados de tanto llorar.  
Jamás vi un hombre tan destrozado por el dolor.

Suplicaba, suplicaba,  
y me cogía las manos y tiraba de mí  
diciendo cosas que me desgarraban por dentro.

—Tenga compasión, señor.

Cuatro rayas suyas en un papel  
y ya podré mirar siempre la carita de mi niño.  
¡No me deje en la oscuridad, señor!

¡Quién tendría corazón para negarse!  
Cogí papel y lápiz y allá me fui con Melchor,  
dispuesto a hacer un retrato del niño moribundo.

En la casa todo estaba en calma,  
todo estaba en silencio.

Una débil luz amarillenta iluminaba  
dos caras espantosas que intuían la muerte.  
El niño era el centro de aquella escena.

Sin decir nada, me senté a dibujar  
lo que veían mis ojos  
y al cabo de un rato conseguí acostumbrarme  
al drama que contemplaba.  
Incluso me olvidé un poco de él  
para poder trabajar con pasión, como un artista.

Y cuando estaba acabando el dibujo  
la voz de Melchor, agrandada en medio del silencio,  
me hirió con estas palabras:

—¡Por el alma de sus difuntos,  
no me lo retrate así!  
¡No le ponga esa cara tan hundida y tan triste!

Confieso que no supe qué hacer  
y me puse a repasar las líneas del dibujo.  
Melchor rompió de nuevo el silencio:

—Usted sabe bien cómo era mi niño.  
Haga memoria, señor, y dibújemelo riendo.

De pronto, tuve una gran idea.  
Rompí el dibujo, cogí un papel en blanco,  
concentré en él mi mirada  
y dibujé un niño imaginario.

Inventé un niño muy bonito, muy bonito:  
un ángel que sonreía,  
como los que se ven en las iglesias.

Entregué el dibujo y salí huyendo.  
Ya en la calle, oí que lloraban dentro de la casa.  
La muerte había llegado.

Ahora Melchor se consuela mirando mi obra,  
que está colgada sobre la cómoda,  
y dice siempre, convencido en lo más hondo:

—He tenido muchos hijos,  
pero el más bonito de todos fue el que se me murió.  
Ahí está el retrato, que no miente.

